

LA VIDA EN MÉXICO.

Marzo 18 de 1883.

Se escuchan ya, cercanos y pesados, los pasos de la Semana Santa. La multitud se refugia en los templos, como una bandada de polluelos bajo el ala de la madre. Los predicadores se esfuerzan por lograr sus últimas victorias, y cada tarde, al concluir la plática, aguardan pacientes en el confesonario á las ovejas descarriadas, para darles el perdón, ese rocío del cielo. Velos oscuros cubren los altares. Los cirios amarillos chispean solemnemente en torno de la imagen del Crucificado. Quitémonos, pues, ceremoniosamente los sombreros, y abramos paso á los últimos días de la cuaresma.

A riesgo de que los críticos hagan mofa de mí y se burlen, acaso con justicia, de mi egoísmo, estoy poco dispuesto al arrepentimiento y reincido, á sabiendas, en el pecado. No sé escribir de otro modo.

Para hablar de los días solemnes, santificados por la tradición, no quiero recurrir á mis pobres libros ni á mis cortísimos saberes. La ciencia es fría como el mármol de un monumento sepulcral. Prefiero recorrer con la memoria el camino que dejo atrás, y hablar con el corazón. Todos tenemos en nuestro cofre de recuerdos una reliquia religiosa y en nuestro corazón una fibra que se estremece en la quietud solemne de los templos. Arrastrados sin tregua ni descanso por el rápido torbellino de la vida, hemos casi olvidado el camino que lleva al corazón. Hoy, venturosamente, las faenas diarias cesan y el ánima se esparce en el sosiego: busquemos, pues, esa vía dolorosa, ese camino.

Todavía me parece estar muy cerca de esos años felices en que yo le ayudaba la misa al señor cura, preparaba el misal con sus largos listones, y hasta solía lavar las vinajeras, cuidando de tomarme, sorbo á sorbo, el vino que en ocasiones les quedaba. Muchas cosas se olvidan en esta larga caminata que llamamos vida; pero el primer sacerdote que nos confesó y la primera novia que tuvimos, no se borran jamás de la memoria. Por eso cada vez que la Santa Semana llega y el velo cubre los altares, mientras suenan las carracas en las calles y reverbera el sol su roja lumbre, como dice Carpio, distraemos el pensamiento con la contemplación de hechos pasados, y vivimos en plena fe la vida paradisiaca de la infancia.

Una noche—era yo muy niño todavía,—lleváronme á la iglesia donde se conmemoraba con sermones y cuadros alegóricos el prendimiento de Jesús en el sagrado huerto. La iglesia estaba á oscuras, ó poco menos; la única parte iluminada era el altar, sin blandones ni imágenes, todo cubierto por una gran cortina oscura que el viento estremecía pausadamente. La llama roja de los cirios, oscilante como la lengüeta de una víbora, alumbraba una imagen de la Virgen dolorosa—única que había quedado en el altar—quebrando sus resplandores en el áureo pomo del puñal que atravesaba el pecho de la santa Madre y resbalando por el lustroso terciopelo de su manto. En las mejillas de la Virgen corrían dos lagrimones de cristal. He dicho que corrían, y no retiro la palabra; porque, ora fuese á causa del fulgor oscilante de los cirios, ora por influjo de mi exaltada fantasía, la verdad es que yo veía correr aquellas lágrimas cual si brotasen de una fuente inagotable. Los piadosos feligreses rezaban agrupados en la nave, y al terminar cada misterio del Rosario, sonaba la severa voz del órgano acompañada del canto religioso.

Pero lo que atraía mi vista con más fuerza, era el cuadro dispuesto en una de las capillas laterales. En la solemne obscuridad del templo, esa capilla, toda colgada de terciopelo púrpura, con sus catorce cirios encendidos, se destacaba como un horno luminoso. Allí estaba una imagen del Señor, guardada para ocasiones semejantes. Vestía Jesús su túnica violeta, y de rodillas, apoyado en la peña de cartón, oraba al Padre. No podía vérselo el rostro, que tenía oculto en las sagradas manos, y solo se miraba su cabellera de color castaño y el nacimiento de las blancas sienas. En el ángulo opuesto, serios y ceñudos, se destacaban los soldados del pretor con sus lucentes picas y sus barbas negras. Aquellos hombres me inspiraban aversión y miedo: sin darme cuenta de ello, por instinto, yo me acerqué á mi madre, cubriéndome la mitad del cuerpo con sus ropas.

El señor cura comenzó su piadoso sermón, y el auditorio, recogido, no se atrevía á moverse para no perder una sola de esas frases inspiradas.

El señor cura, como era uso, había tomado por la tarde, en casa de mis padres, el chocolate de las cuatro; su voz, sin embargo, me infundió pavor. No, no era el mismo que solía darme tirones de oreja y hasta jugar conmigo á la raqueta. Era el austero pastor de almas, el viejo de cabellos plateados, narrando con acento conmovido la suprema tragedia del Calvario. Yo, de ordinario retozón é inquieto, no osaba murmurar una palabra ni moverme del sitio en que mi madre oraba. La voz del señor cura sonaba tristemente en mis oídos, como los dobles de la campana el día de Muertos. El drama augusto desenvolvía ante mí, en la obscuridad, sus desgarradores episodios. La noche que pesó con su negrura inmensa sobre la cabeza del Redentor, pesaba también sobre mí. Miraba á los apóstoles dormidos; y, á la distancia de un tiro de piedra, contemplaba á Jesucristo hablando con su Padre, que le oía desde los cielos, y pidiéndole que apartara de sus pálidos labios el amargo cáliz. No había estrellas en el cielo. ¿Qué estrellas habrían podido ver á un Dios sufriendo? El Nazareno comenzaba su martirio, y en el silencio augusto de ese bosque, lejos de los hombres que ya habían comenzado á abandonarle, sentía pavor, miedo y congoja. No le arredraba aquel suplicio horrendo ni aquella penosísima agonía; mas con los ojos del espíritu, con la infinita previsión divina, contemplaba la procesión interminable de los siglos. ¿A cuántos aprovecharía la redención? ¿Cuántos de aquellos hijos por quienes aceptaba el cáliz del martirio, iban á desconocerle y á negarle? Y el alma del Profeta se oprimía, y de su noble pecho, hinchado por los sollozos, salían quejas amarguísimas. De improviso, rompe la obscuridad nocturna súbito resplandor de hachones y linternas. Con grande vocerío, blasfemando, riendo á carcajadas, se acercan los durísimos soldados. Y llegan todos en tropel, le insultan, y uno de ellos pone la recia mano en el rostro divino del Maestro . . .

En llegando á este punto, rompieron los sollozos su clausura, y el devoto auditorio comenzó á llorar. La conmovida voz del señor cura narraba lentamente aquella escena desgarradora. Yo, de rodillas, clavaba con espanto la mirada en el doliente rostro de la Virgen.

* * *

He asistido después á muchos templos y he escuchado á los grandes oradores. ¿Por qué ninguno sabe conmoverme como aquel ignorante pastor de las almas? No era profundo teólogo ni polemista experto, ni elocuente, en el sentido humano de esta palabra. No

argumentaba con gran máquina de raciocinios, ni recurría á las armas de la filosofía batalladora. Era manso y humilde, recto de corazón y amplio de espíritu. No hablaba con el entendimiento; hablaba con el alma. Diré mejor, para expresar con claridad mi pensamiento: No hablaba él; dejaba hablar á Jesucristo.

De ese humilde predicador y de la azul mañana en que hice la primera comunión, jamás podrá olvidarse mi memoria. Cerrando los ojos para no mirar los seres y cosas que nos rodean, y explorando con la imaginación el campo del pasado, parece que la vida, como un inmenso panorama, va pasando ante nosotros en su infinita variedad de cuadros. Pasan los días lluviosos, oscurecidos por densas y apretadas nublazones; las noches en que retumba el trueno y los ríos desbordados salen de su cauce, las mañanas serenas en que el cielo está azul, la tierra fresca, y limpia el agua de las fuentes. Esas mañanas son las mañanas de la infancia. Las bocanadas de aire traen á nuestro olfato el sano olor de los trigales, y á nuestro oído el repique de las campanas que volteaban alegremente en la parroquia. La atmósfera está tan limpia y transparente que podría distinguirse el vuelo de los ángeles; la luz es virgen todavía; Dios está contento.

Así es la mañana de la primera comunión. Todavía, al recordarla, siento una vaga sensación de frescura: me parece que entro á un estanque rugado por el ala del cisne y que el agua fresca penetra por todos mis poros. Bien hacen al escoger para esta santa comunión una mañana de Abril, toda claridad, toda perfume. El invierno es la estación de los entierros; y la primavera es la estación de las resurrecciones. La primera comunión sería triste en Diciembre, se iría al templo por callejas cubiertas de hojas amarillas, entre árboles desnudos y fuentes heladas. No; Dios debe entrar al alma cuando la savia renueva las ramas, cuando el perfume sale de la flor y los pájaros salen de sus nidos. El ruiñeñor, cantando por la noche, enseña á orar. La luz, entrando por los ojos, lava el alma.

Conservo aún la cinta de raso blanco que llevé anudada en el brazo. El tiempo la ha amarilleado un tanto cuanto: está como los encajes que guardan en su baúl nuestras abuelas y que sirvieron para su matrimonio.

La víspera de ese día inolvidable me acosté algo más tarde que de costumbre. Junto á mi cama estaba ya dispuesta la ropa que iba á vestir, nueva y lustrosa. Pasé la velada oyendo las máximas severas de un libro piadoso que leía mi padre. Una inmensa alegría llenaba mi alma. Antes de recogerme abrí la puerta de mi ventana y contemplé la noche: todas las estrellas me veían con sus pupilas de oro. Me arrodillé después ante la imagen de la Virgen; la Virgen, la santa Virgen me sonreía. Algo como un ligero movimiento de alas sonaba en torno mío. Esa noche pensé que eran las alas de

los ángeles. Ahora reflexiono que debió de ser la brisa moviendo las altas ramas de los árboles.

Dormí poco. A las cuatro de la madrugada me despertaron; comencé á vestirme rezando á media voz mis oraciones. Estaba alegre aún; pero mezclábase á mi alegría un vago temor. Casi puedo decir que tenía miedo. ¿Miedo de qué? Había hecho la confesión de mis pecados; la absolución había purificado mi espíritu, y no obstante, me parecía que no estaba aún suficientemente apercibido para aquel acto solemne.

Tan abstraído estaba, que no me detuve á admirar la ropa nueva, los pantalones con bolsas, el chaleco blanco, y la cinta que iba á anudarse coquetamente en torno de mi brazo. Tenía miedo. La calma de la noche me imponía. Mas apenas pude salir al corredor y contemplar el cielo, huyeron desvanecidos mis temores. Las estrellas no estaban ya doradas y lucientes como pocas horas antes. En ese instante parecían de plata. Los gallos cacareaban en el corral vecino. La luz, tímida y como algodonosa, comenzaba á subir por el Oriente. El agua tartamudeaba en su taza de piedra. Yo en aquella hora del alba, me creí virgen de pecado. La brisa rozaba con sus alas húmedas la corola de las flores. La naturaleza hablaba con Dios.

Poco á poco se fueron apagando los luceros; poco á poco la claridad invadió el cielo; ya se escuchaba más continuo y más sonoro el repique de las campanas; los luceros fueron quedando en el obscuro cofre de la noche, como diamantes engarzados en antigua plata: la franja de oro que precede al sol, apareció en los horizontes, y los pájaros que dormían aún dentro de sus pequeñas jaulas, comenzaron á cantar.

Yo no quería hablar, no quería oír. Cuidaba mi corazón y mi conciencia, como se cuida el vaso lleno de agua que se lleva en la mano, temiendo que se derrame sobre las alfombras. Con la apacible claridad del día, la calma entraba en mi espíritu. Los compañeros me aguardaban ya, y partimos á la iglesia. Ver me parece aún la nave; las flores que caían á nuestro paso desde las altas cornisas; creo oír la voz grave del órgano y el ruido de nuestros pasos en el suelo hueco. Llegamos hasta la escalinata del presbiterio, y allí nos pusimos de rodillas. Los niños de coro balanceaban sus dorados incensarios. Gotas de cera derretida caían en la arandela que defendía mi mano recortando el cirio blanco. Se oía la alegre voz de las campanas, y nuestros corazones infantiles también, como las campanas repicaban.

¡Oh, santa iglesia que escondiste mis primeras alegrías, humilde templo sin áureos candelabros ni ornamentos realzados con brillantes! Tú me viste en tarde oscura y nebulosa mucho tiempo después de aquella azul mañana, entrar en busca de santo amor y de consuelo. Las hojas de rosa no caían, como menuda lluvia, sobre mi cabeza. El órgano estaba mudo, y mi memoria no encontraba ya oraciones. En el desnudo altar se alzaba la santa imagen del Crucificado. Mis pasos resonaron en la bóveda tristemente; las campanas doblaban en la torre, y mi corazón doblaba también, como las campanas! ¡Oh, santa iglesia que escondiste mis primeras alegrías! Cuando mi pobre espíritu zozobra como la barca débil de los pescadores en el revuelto mar de Tiberiades, yo te evoco y te miro reflejada en el cristal opaco del recuerdo. ¡Tú eres la calma, tú eres la verdad, tú eres la vida!

Mayo 6 de 1883.

Si queréis dudar de la Primavera, id esta tarde al árido calichal de Peralvillo. Ni un árbol desmedrado ofrece su hospedadora sombra á los pájaros, ni un breve hilo de agua refresca las arenas incandescentes. Aquel es el terreno de la desolación; el sitio en donde, por haberse cometido algún horrible crimen, sembraron sal en signo de tristeza; la tierra estéril é infecunda, cuyo polvo blanco se formó con los huesos de Caín. Ahondad un poco y encontraréis el cadáver de Judas.

Para creer en la hermosa Primavera estando en esos páramos ardientes, es necesario convertir los ojos á las tribunas y ver las bocas mujeriles que se entreabren. La luz del hipódromo no favorece ciertamente al rostro. La reverberación de los rayos solares comunica á todos los semblantes un color de horno, y el polvo, prendiéndose en los rizos negros, y en los bucles rubios, quita una parte de su gracia á los tocados. La mujer que es hermosa, á tal hora y en tal sitio, puede enorgullecerse, y con razón, de sus encantos.

Para luchar con este polvo pegajoso que no respeta condición ni edad, las señoras debieran escoger telas ligeras de color muy claro. El sol y el polvo son los crudos enemigos con quienes combatimos sin descanso.

Yo pensaba el domingo, en cierto biombo que había en casa de mis abuelos, con pinturas alegóricas, tan malas y desatinadas como todas las que se deben al pincel de los grandes artistas que vivían de pintar biombos. En cada una de las mamparas se distingue un jinete en algún potro de largas zancas y pescuezo flaco, á un bizarro caballero vestido á usanza cortesana, con la tizona á un lado y el sombrero de pluma hundido hasta las cejas. Cada uno de esos personajes, dispuesto como para entrar á un torneo, tenía un rótulo abajo, que decía así, sobre poco más ó menos: *El alto y poderoso Señor D. X. de X. mantenedor del Elemento tal*. Los elementos eran la tierra, el aire, el agua, y el fuego.

Ya ahora no hay torneos ni justas en que se dispute la primacía de un elemento; los cuatro elementos que figuraban en el biombo, ya ni elementos son: yo, sin embargo, los recuerdo aún, y cuando el polvo cierra mis ojos en el hipódromo, digo para mí. . . ¡Dios mio! ¡Si habrá también aquí mantenedores de los elementos; si estaremos presenciando una terrible competencia entre las fuerzas ciegas de la Naturaleza!

Ayer, tierra y aire se concertaban para molestarnos: hoy cae el agua, convirtiendo en un extenso lodazal los llanos; solo falta el fuego, ya aparezca por bajo de la tierra, haciendo una explosión nihilista, ó llueva como en Sodoma ó en Gomorra! ¡Dios nos tenga de su mano!

—Te equivocas--me contestaba entonces un amigo—el fuego tomó ya parte en las carreras: revolotea con alas escarlatas en la atmósfera, á la hora en que, con la última gota de café en los labios, nos dirigimos al hipódromo; tiñe de encarnado las pequeñitas bocas de frambuesa y esconde sus agudos dardos en los ojos negros.

El regreso de las carreras es tan triste como animada y bulliciosa fué la ida. Enciéndense los faroles de los coches y el desfile empieza. Muchos regresan con semblante arisco: son los que perdieron. Otros piensan en el gomoso impertinente que despertó sus celos. Los más consideran, compungidos y contritos, la repentina estenuación de sus bolsillos. ¡Así es la vida! La vejez es el traje que se llenó de polvo en las carreras y que no vuelve ya á servir. Las ilusiones son las monedas que se perdieron. Todos regresan pensativos y cansados. Los más felices y dichosos se esconden en el fondo del carruaje para seguir la interrumpida siesta.

Así, tan triste y mudamente vuelven á su hogar las pobres gentes que acuden á los fuegos de artificio. Coppée ha descrito admirablemente esa tristeza de las fiestas que concluyen:

Quand sont finis le feu d'artifice et la fête,
Morne comme une armée après une défaite,
La foule se disperse: Avez-vous remarqué,
Comme est silencieux ce peuple fatigué?
Hors on vont tous, portant de lourds enfants qui geignent,
Tandis que'en infectant les lampions s'eteignant
On si entend que le rythme inquietant des pas;
Le ciel est rouge; et c'est sinistre n'est-ce pas?
Ce fourmillement noir dans ces étroites rues
Qu'assombrit le regret des splendeurs disparues.

Observad el aspecto de las calles, cuando acaban los fuegos de artificios. Los pobres vuelven cargando á sus hijos ó estirando penosamente de la mano á los chicuelos soñolientos. No se oyen más que refunfuños y regaños. La madre piensa en los desgarrones de su vestido, y el pobre viejo que trabaja durante la semana para ganar el pan de su familia, considera el desequilibrio que produce en el presupuesto de la quincena, el despilfarro de unos cuantos reales. Momentos antes la tristeza no abatía su ánimo ni los traviesos chicuelos se dormían. El cielo no estaba tan oscuro. Enormes flores escarlatas se deshojaban en el aire y las bombas subían desgranando en el espacio su collar de notas triunfales. Ahora la noche parece más negra, porque los ojos guardan todavía el deslumbramiento de los artificios pirotécnicos. Ya es hora de volver á la casa, en donde aguarda la pobreza. Allí pavesea el velón de sebo puesto en un ladrillo. Ya no rasgan los ágiles cohetes el velo denso de la sombra; solo en lontananza, destacándose en medio de un círculo rojo, se levantan enhiestas las torres de la Catedral, como los escombros de un castillo incendiado.

Este espectáculo es uno de los más peregrinos y curiosos que ofrecen nuestras fiestas nacionales; y tal vez bastaría á reconciliarme con ellas, á no ser por la salva matinal que bruscamente me arrebató el sueño. Y hay otro cuadro aún que me interesa tanto como éste: el desfile de las tropas.

El sol quiebra sus flechas de oro en el latón de las carmañolas y en la punta de las bayonetas; suena el redoble del tambor, y los soldados marchan en compactos batallones, entre una doble fila de gallardetes y banderas.

«¡Música!—¡Qué aliento dan
Y qué esperanzas sin fin,
El re-tin-tin del clarín,
Del tambor el ra-taplán.
¡Ya aproximándose van!

¡Tambor y clarín resuenen!
 ¡Cuál la esperanza entretienen!
 ¡Cómo el corazón abrasan
 ¡Estas músicas que pasan!
 ¡Qué alegres son cuando vienen!

Los niños palmotean en los balcones y asoman sus cabecitas rubias para ver el desfile. Yo también contemplé con esa infantil curiosidad y esa ingenua admiración, los batallones que en este instante pasan por mi calle. Era muy niño y aun me acuerdo del regocijo con que al acostarme por la noche, el 15 de Septiembre, después de oír la salva y los repiques, pensaba en los soldados que podría contemplar al día siguiente, y en las dianas alegres que me despertarían al amanecer. ¡Cómo alegraban mi alma las músicas militares! En la noche, pegado el rostro á los cristales del balcón, aguardaba con impaciencia los disparos y repiques. A cada rato, volteaba para ver la muestra del reloj, que iba entonces muy lento, como camina ahora cuando estoy alegre.— ¡No quierés acostarte!— me decían. Y yo, muerto de sueño, me obstinaba en permanecer junto al balcón, hasta que una llamarada lívida rasgaba el seno de la obscuridad, y temblaban estremecidas las vidrieras, al estruendo sonoro del cañón. Iba contando entonces los disparos, y cuando el último sonaba, me recogía en mi pequeña alcoba, saboreando con la imaginación los placeres que al día siguiente gozaría. Dormía, temeroso de que las salvas, dianas y repiques no me despertaran. Yo no quería perder una sola nota de las bandas militares, ni un solo sacudimiento de la artillería. Por modo que, apenas abría el alba sus azules ojos, ya estaba despierto en mi cama esperando con ansia el estampido de los cañones y la regocijada voz de las campanas. Recuerdo que á esa hora, estaba casi siempre paveseando la lámpara de aceite. De improviso el bronco estrépito se propagaba en las ondas de la atmósfera y rompía el clamoreo de las campanas. Yo, entonces, incorporándome en mi lecho, contaba los disparos uno á uno, como el avaro cuenta sus monedas. Las dianas militares se iban acercando y una inmensa alegría llenaba mi alma.

¡Cómo ha corrido el tiempo! Hoy me enfada y me enoja esa insensata salva que viene á despertarnos bruscamente; huyo lo más que puedo del bullicio y procuro no recorrer las calles en que las tropas van á desfilar! En aquel tiempo, estaba toda la mañana en el balcón y allí tomaba el desayuno, para no perder ni una sola de las maniobras militares. Y cuando la fiesta terminaba y volvía de los fuegos triste y pensativo, contaba los meses que faltaban para el Cinco de Mayo y me dormía pensando en los esplendores del ejército. ¡Ser soldado! vestir esos trajes tan llenos de colores y bordados, pasear con la espada desnuda al frente de un batallón, mirando cómo se coronan de mujeres los balcones. . . . ¡qué gran sueño!

* * *

Las mujeres y los niños aman á los soldados. Shakespeare dice en «Otelo,» que la coraza bruñida de un guerrero es el mejor espejo en que se mira una mujer. Yo me explico esto por una ley empírica que tengo establecida para mi uso particular y que llamo la «ley de los complementos.» Cada cual busca fuera de sí aquello que no tiene ni posee. Por eso las mujeres y los niños, seres débiles, buscan y aman al batallador, que es símbolo de la fuerza.

En mis primeros años, el soldado se me aparecía en su deslumbradora forma de parada. Yo le miraba bajo su aspecto escénico y teatral; como las damas ven á los tenores de ópera y á los galanes de comedia. En esos trajes cepillados, limpios y brillantes, no había para mí ninguna mancha de sangre. Eran ellos los grandes vencedores que corren el mundo conquistando naciones y mujeres. La visión dramática del soldado me vino más tarde; no en una de estas fiestas en que la pólvora sirve para espantar á los gorriones y enardecer la sangre de los comerciantes, sino en las tortuosas y retorcidas calles de una aldea, diezmada por la guerra civil. Muchas veces me complazco en hacer mentalmente el parangón de estas dos visiones, tan disímbolas, y en comparar el entusiasmo con que oía las músicas y las dianas militares desde mi cama, que era casi cuna, con el terror y la compasión que sentí años adelante en esa pobre y miserable aldea. También entonces pasaron los soldados junto á mi ventana; pero no sonaban los clarines ni redoblaban los tambores. Iban todos silenciosos, procurando apagar el ruido de sus pasos, por entre la negrura inmensa de la noche. Se oía el pesado movimiento de cañones y cureñas; y despertados bruscamente por el paso de este ejército en campaña, asomábanse los vecinos á las puertas de sus casas. Algunos salían á medio vestir, con la palmatoria de barro en una mano y el nudoso garrote en la otra. ¡Adonde iban los soldados? La madre se estremecía pensando en su hijo que estaba con los pronunciados y que iba tal vez á morir aquella misma noche. ¡Qué frías brillaban las estrellas en el cielo!

Los soldados pasaron dejando como una estela de tristeza. Volvieron á cerrarse las ventanas; se apagaron las luces y el pesado rodar de los cañones se fué desvaneciendo en el espacio. Entonces yo pensé en aquellos héroes de parada que tanto me habían entusiasmado cuando niño y cuya gloria deseaba compartir. Ya no iban vestidos de gala, bajo lluvia de flores, ni entre músicas alegres: iban tristes y mustios, casi muertos de fatiga, con los pies desangrados, en medio de la noche triste y negra. ¡Pobres soldados! Avanzaban, avanzaban en la obscuridad, pensando acaso en una madre de cabe-

llos blancos que tal vez no verán más, en una novia que les aguarda vanamente ó en los hijos que van á quedar desamparados, y que mendigarán en los caminos reales.

A poco, ó un lejano tiroteo, que se fué aproximando lentamente. Luego, dominando el estruendo nutrido de la fusilería, sonaba la voz ronca del cañón; de ese mismo cañón cuyos disparos escuchaba lleno de alegría en nuestras fiestas nacionales. Incorporándome en el lecho, pensaba en esos infelices, que momentos antes, había visto pasar llenos de vida, y cuyos cuerpos iban á ser pasto de los buitres y de los lobos. Los vecinos del pueblo, llenos de terror, atrancaban las puertas de su casa. Las madres gemían; y tendiendo la vista por la abierta ventana, miré al cura que de rodillas, junto á su cama, oraba por los matadores y los muertos. Así pasaron cerca de tres horas. Poco antes del amanecer paró el fuego. Los pronunciados quedaban batidos; pero las tropas del Gobierno habían sufrido muchas pérdidas. Apenas empezó á clarear, llegaron al pueblo los carros de la ambulancia, llenos de heridos. Los muertos quedaban en el campo. De esos carros salían voces dolientes y quejidos agudísimos. Se improvisó un pequeño hospital en la casa del tendero más rico y allí vaciaron los heridos, como se vacía un canasto de verdura. Una hora después, era imposible pasar á cien varas de aquella casa, sin oír los quejidos y blasfemias de aquellos infelices tasajeados por la cuchilla de los cirujanos.

* * *

Por eso ahora, cuando miro el desfile de los batallones, y observo el entusiasmo con que aplauden los niños desde las ventanas, pienso también en esa horrible madrugada que vi morir á tantos combatientes, y pido al cielo que sigamos gastando la pólvora en salvas y nuestro dinero en fuegos de artificio.

Mayo 27 de 1883.

¡Abuelita, abuelita, la de cabellos blancos y anteojos de oro en caja de marfil! ¡abuelita, abuelita, bien hace Dios en no querer que salga Ud. de ese rincón pacífico y oscuro en que maulla el gato y lee Ud. vidas de santos; bien hace Dios en tenerla sujeta con un hilo de algodón á la mesilla donde una lámpara de aceite alumbraba el gancho y los tejidos comenzados: ¡abuelita, abuelita, ya no hay frailes, ya no hay procesiones, ya no hay Corpus! Ya me parece ver cómo, al oír estas palabras, cae de sus manos la enorme bola

de hilo blanco y hasta el Año Cristiano, desencuadernado. El gato juega á la pelota con el hilo, y araña con su garra volteriana las páginas amarillas del devoto libro. Ud. no mira nada: abre los ojos espantados y murmura en voz baja: ¡Ya no hay Corpus!

Y es verdad: he recorrido las calles principales, que antes cubría el espeso toldo blanco y que ahora calienta el sol con dardos inflamados; he atravesado de una acera á otra, con grave riesgo de morir bajo las pezuñas de un caballo, y no he visto esos talaes hábitos del fraile que antes formaban toda mi delicia, ni he escuchado el redoble marcial de los tambores que cerraban la marcha de la procesión. ¡Abuelita, abuelita, ya no hay Corpus!

Mientras Ud. leía «Vidas de Santos» el mundo cambió como se cambian los telones en el escenario. ¡Ah, si pudiera Ud. salir de su rincón, aunque el gato egoísta se enojara, y ver las calles cómo están ahora! . . . —¡Ahí viene la procesión—exclamaría Ud. mirando una larga hilera de carruajes.—No, abuelita. En esos coches van unas señoras que Ud. no conocerá probablemente y que están esperando, como los santos padres en el limbo, á un hombre que les dé algunas monedas ¿No ve Ud. cómo sacan las caras por la portezuela? Dicen: «aquí vamos;» y allí van en efecto. Muchos ociosos apoyan los aparadores de cantinas y tercenas; muchos borrachos se embriagan á la vista de todos, para que nadie los crea hipócritas. . . . ¡Abuelita, abuelita, ya no hay Corpus!

Todavía recuerdo aquella fiesta religiosa á que asistimos en el pueblo. Ud. se había puesto su mantilla negra, que era el gran lujo de las solemnidades en que repican mucho las campanas. Yo me corté las uñas. Desde el alba abandoné mi catre, mi colchón y el sueño, para sufrir de grado esos tormentos á que Ud. con dolor me condenaba. ¡Y cuán presentes tengo aún esos suplicios! ¡El agua fría de aquella enorme palangana en que cabía holgadamente medio cuerpo; el almidón de la camisa limpia; el peine de Carey para quitar la caspa, que me quitaba á mí las ganas de peinarme; los botines nuevos, y sobre todo, aquella esponja dura que me dejaba el cutis relumbroso y colorado, como la bola mingo del billar!

En ese inolvidable día de Corpus, estrené aquel reloj con tapa de oro que me dió Ud. por ser día de mi santo. Yo no sé que se oía más: el *tic tac* del reloj ó los latidos de mi corazón. Esa emoción incomparable solo se siente dos ocasiones en la vida: el día en que oímos el aleteo de la impaciente mosca que se oculta tras la cerrada tapa del reloj, y la noche en que, aprovechando algún descuido, un poquito de sombra y mucho amor, besamos en la boca á la primera novia. ¡Ay abuelita! Yo he sentido ya esas dos enormes sensaciones. No volveré á gozar esas delicias, hasta que escuche el rezo de las letanías en torno de mi lecho funerario. Ese es el último ruido que emociona.

Aquel reloj me acompañó en la procesión del Corpus. Grandes enramadas cubrían las calles del villorrio y por debajo de ellas íbamos marchando, vela en mano. Me acuerdo que, inclinando un poco el cirio, dibujé, con la cera derretida que goteaba, una vía láctea en los faldones del señor alcalde. Las casullas resplandecían, heridas por el sol, como ascuas de oro. El incienso se enroscaba en el aire y los cohetes subían por el espacio azul. En todas las ventanas había cortinas y colgajos. Algunas se engalanaban con sobrecamas de viejo damasco rameado ó con la gran carpeta de una mesa redonda. Todos los santos esculpidos ó pintados salían á los balcones para ver la procesión. Hasta los animales de la casa, el gato marrullero, el perrito lanudo, los canarios y los loros, tomaban parte en la solemnidad, para que la bendición de Dios les alcanzara. Unas mujeres caminaban en la procesión con el perro en brazos y la jaula colgada de la mano. Otros se contentaban con sacar los animales á las puertas de la casa y levantarlos por lo alto cuando pasaban las imágenes milagrosas. De cuando en cuando maullaban los gatos, prorrumpían los perros en agudos ladridos y los gallos cacareaban.

Los niños iban siempre por delante: atrás, iban las andas con los santos. Recuerdo aún que por no dar la espalda á la Custodia, caminaban las imágenes para atrás.

Cerrando la procesión, bajo el palio azul bordado de oro y sostenido por varillas gruesas de latón dorado, iba el cura con gran capa pluvial, apoyando contra su pecho la custodia en cuyo centro se veía la hostia blanca. Un rumor de oraciones rodeaba el palio, que pasaba por sobre la muchedumbre arrodillada. Se oía el son argentino de las cadenas de los incensarios, que describiendo medio círculo en el aire, relampagueaban, dejando como estela blanca un largo rastro de humo perfumado. La procesión duró más de una hora. Yo saqué ochenta veces el reloj.

Por la tarde asistimos á la iglesia, que olía mucho á incienso y á rosas de Castilla. Los niños cantaban en el coro los ofrecimientos del Rosario. Yo me dormí en la banca. El ruido monótono de las *Ave Marías* rezadas en común, me arrullaba. Poco á poco la tarde fué cayendo y el aire fresco del crepúsculo me despertó. Todos los cirios ardían ya: me arrodillé. Las ruedas de campanas que había en el altar mayor, giraron, aturdiendo con su cascada de repiques. El señor cura, vuelto al pueblo, le bendecía con la custodia. En ese instante muchos pájaros cantaron. Por aquel entonces, creía yo que era éste un hossana de las aves al Creador. Más tarde supe, que los sacristanes tenían las jaulas ya dispuestas, y á la hora precisa, las sacaban por las ventanas de la cúpula.

Las claridades mortecinas del crepúsculo, quebraban sus cristales fríos en las ventanas cuando salíamos de la iglesia: había caído

ya la noche. El órgano cantaba aún, llenando con su voz la angosta nave. Entre el cancel y la puerta había mucha sombra. Allí los novios al pasar se apretaban la mano!

MEMORIAS DE UN PARAGUAS.

Junio 3 de 1883.

Nací en una fábrica francesa, de más padres, padrinos y patronos que el hijo que achacaban á Quevedo. Mis hermanos eran tantos y tan idénticos á mí en color y forma, que hasta no separarme de sus filas y vivir solitario, como hoy vivo, no adquirí la conciencia de mi individualidad. Antes, en mi concepto, no era un todo ni una unidad distinta de las otras; me sucedía lo que á ciertos gallegos que usaban medias de un color igual y no podían ponerse en pie, cuando se acostaban juntos, porque no sabían cuáles eran sus piernas. Más tarde, ya instruido por los viajes, extrañé que no ocurriera un fenómeno semejante á los chinos, de quienes dice Guillermo Prieto con mucho gracia, que vienen al mundo por millares, como los alfileres, siendo tan difícil distinguir á un chino de otro chino, como un alfiler de otro alfiler. Por aquel tiempo no meditaba en tales sutilezas, y si ahora caigo en la cuenta de que debí haber sido en esos días tan panteista como el judío Spinoza, es porque vine á manos de un letrado, cuyos trabajos me dejaban ociosos suficientes para esparcir mi alma en el estudio.

Ignoro si me pusieron algún nombre; aunque tengo entendido que la mayoría de mis congéneres no disfruta de este envidiable privilegio, reservado exclusivamente para los machos y las hembras racionales. Tampoco me bautizaron, ni había para qué, dado el húmedo oficio á que me destinaban. Solo supe que era uno de los novecientos mil quinientos veintitrés millones que habían salido á luz en aquel año. Por lo tanto, carecí desde niño, de los solícitos cuidados de la familia. Ustedes, los que tienen padre y madre, hermanos, tíos, sobrinos y parientes, no pueden colegir cuánta amargura encierra este abandono lastimoso. Nada más los hijos de las mujeres malas pueden comprenderme. Suponed que os han hecho á pedacitos, agregando los brazos á los hombros y los menudos dientes á la encía; imaginad que cada uno de los miembros que componen vuestro cuerpo es obra de un artífice distinto, y tendréis una idea, vaga y remota, de los suplicios á que estuve condenado. Para colmo de males, nací sensible y blando de carácter. Es muy cierto que tengo el alma dura y que mis brazos son de acero bien templado;

pero, en cambio, es de seda mi epidermis y tan delgada, tenue y transparente, que puede verse el cielo á través de ella. Además, soy tan frágil como las mujeres. Si me abren bruscamente rindo el alma.

A poco de nacido, en vez de atarme con pañales ricos, me redujeron á la más ínfima expresión para meterme dentro de una funda, en la que estaba tan estrecho y tan molesto como suelen estar los pasajeros en los wagones de Ramón Guzmán. Esa envoltura me daba cierto parecido con los muchachos elegantes y con las flautas; pero esta consideración no disminuía mis sufrimientos. Solo Dios sabe lo que yo sufrí dentro del tubo, sacando nada más pies y cabeza entre congojas y opresiones indecibles. Los verdugos me condenaron á la sombra, encerrándome duramente en una caja con noventa y nueve hermanos míos. Nada volví á saber de mí, envuelto como estaba en la obscuridad más impenetrable, si no es que me llevaban y traían, ya en hombros, ya en carretas, ya en wagones, ya, por último, en barcos de vapor. Una tarde, por fin, miré la luz, en los almacenes de una gran casa de comercio. No podía quejarme. Mi nueva instalación era magnífica. Grandes salones llenos de gradearías y corredores, guardaban en vistosa muchedumbre un número incalculable de mercancías: tapetes de finísimo tejido, colgados de los altos barandales; hules brillantes de distintos dibujos y colores cubriendo una gran parte de los muros; grandes rollos de alfombras, en forma de pirámides y torres; y en vidrieras, aparadores y anaqueles, multitud de paraguas y sombrillas, preciosas cajas policromas, encerrando corbatas, guantes finos, medias de seda, cintas y pañuelos. Solo para contar, enumerándolas, todas aquellas lindas chucherías, tendría yo que escribir grandes volúmenes. Los mismos dependientes ignoraban la extensión é importancia de los almacenes, y eso que, sin pararse á descansar, ya subían por las escaleras de caracol para bajar cargando gruesos fardos, ya desenrollaban sobre el enorme mostrador los hules, las alfombras y los paños ó abrían las cajas de cartón henchidas de sedas, blondas, lino, cabritilla, juguetes de transparente porcelana y botes de cristal, guardadores de esencias y perfumes.

A mí me colocaron, con mucho miramiento y atención, en uno de los estantes más lujosos. La pícara distinción de castas y de clases, que trae tan preocupados á los pobres, existe entre los paraguas y sombrillas. Hay paraguas de algodón y paraguas de seda, como hay hombres que se visten en los Sepulcros de Santo Domingo, y caballeros cuyo traje está cortado por la tijera diestra de Chauveau. En cuanto á las sombrillas, es todavía mayor la diferencia: hay feas y bonitas, ricas, pobres, de condición mediana, blancas, negras, de mil colores, de mil formas y tamaños. Yo desde luego conocí que había nacido en buena cuna y que la suerte me asignaba un puesto entre la aristocracia paraguil. Esta feliz observación,

lisonjeó grandemente mi amor propio. Tuve lástima de aquellos paraguas pobres y raquícos, que irían, probablemente á manos de algún cura, escribiente, tendero ó pensionista. La suerte me reservaba otros halagos: el roce de la cabritilla, el contacto del raso, la vivienda en alcobas elegantes y en armarios de rosa, el bullicio de las reuniones elegantes y el esplendor de los espectáculos teatrales. Después pude advertir con desconuelo que la lluvia cae de la misma suerte para todos; que los pobres cuidan con más esmero su paraguas, y que el destino de los muebles elegantes es vivir menos tiempo y peor tratados que los otros.

En aquel tiempo no filosofaba como ahora: me aturdía el ir y venir de los carruajes, la animación de compradores y empleados; pensé que era muy superior á los paraguas de algodón y á los paraguas blancos con forro verde; repasé con orgullo mis títulos de nobleza, y no preví, contento y satisfecho, los decaimientos inevitables de la suerte. Muchas veces me llevaron al mostrador y otras tantas me despreciaron. Esto prueba que no era yo el mejor ni el más lujoso. Por fin, un caballero, de buen porte, después de abrirme y de transparentarme con cuidado, se resignó á pagar seis pesos fuertes por mi graciosa y linda personita. Apenas salí del almacén, dieron principio mis suplicios y congojas. El caballero aquel tenía y tiene la costumbre de remolinear su bastón ó su paraguas, con gran susto de los transeuntes distraídos. Yo comencé á sentir, á poco rato, los síntomas espantosos del mareo. Se me iba la cabeza, giraban á mis ojos los objetos, y Dios sabe cuál habría sido el fin del vértigo, si un fuerte golpe, recibido en la mitad del cráneo, no hubiera terminado mis congojas. El golpe fué recio; yo creí que los sesos se me deshacían; pero, con todo, preferí ese tormento momentáneo al suplicio interminable de la rueda. Sucedió lo que había de suceder; quedé con la cabeza desportillada, y no era ciertamente para menos el trastazo que dí contra la esquina. Mi dueño, sin lamentar ese defecto, entró en la peluquería de Micoló. Allí estaban reunidos muchos jóvenes, amigos todos de mi atarantado propietario.

Me dejaron caer sobre un periódico, cuyo contenido pude tranquilamente recorrer. ¡La prensa! Yo me había formado una idea muy distinta de su influjo. El periódico, leído de un extremo á otro, en la peluquería de Micoló, me descorazonó completamente. Era inútil buscar noticias frescas, ni crímenes dramáticos y originales. Los periódicos, conforme al color político que tienen, alaban ó censuran la conducta del Gobierno; llenan sus columnas con recortes de publicaciones extranjeras, y andan á la greña por diferencias nimias ó ridículas. En cuanto á noticias, poco hay que decir. La gaceta se surte con los chismes de provincia ó con las eternas deprecaciones al Ayuntamiento. Sabemos, por ejemplo, que ya no gruñen los cerdos frente á las casas consistoriales de Ciudad Victoria,